

UN CAPELLÁN DE LA ARMADA EN LA GESTA DE 1898

Julio CHICO MORALEJA
Vicario de 1.º de la Armada

Francisco CANDEL CRESPO
Vicario de 1.º del Ejército del Aire

Infancia y juventud



ON José Riera Senac nació en la calle del Pilar, de Murcia, en una casa muy cercana a su evocadora ermita, el día 24 de septiembre de 1872 y, según la prudente y cristiana costumbre de la época, recibió el bautismo al día siguiente en la parroquia de San Pedro.

Fueron sus padres don José Riera Giménez, un buen maestro dorador, y doña Antonia Senac Pulido, hija del famoso maestro platero don Luis Senac y Huertas.

La parroquia de San Pedro debió de contar pronto entre sus monaguillos con el pequeño Riera y, tal vez aconsejado por el párroco de la misma, don Ramón Fernández Asensio, y el profesor del seminario don Mariano Sanz Barrera, feligrés también de San Pedro, ingresaría nuestro biografiado a sus 10 floridos años en el Seminario de San Fulgencio de Murcia.

Capellán de la Armada

Los graves conflictos coloniales de finales de siglo aconsejaron el envío a Cuba y Filipinas de grandes contingentes de tropas y esto dio lugar a que, con toda rapidez se convocaran oposiciones al Cuerpo Castrense.

Según sólida tradición diocesana en Murcia, ante la premura del tiempo, estas oposiciones se celebraron en la sacristía de la parroquia de Santa María de Gracia de Cartagena, así como en otros lugares de la geografía nacional, siendo por lo visto muchos los aspirantes a aquellas plazas, uno de ellos nuestro biografiado, incorporándose con carácter provisional a la Armada, ascendiendo a capellán 2.º el 18 de febrero de 1897.

La gesta del 98

Conforme nos vamos acercando cronológicamente a la fecha de la dolorosa tragedia, cobran más interés anecdótico y sentimental las noticias del perí-

dico murciano que reflejan perfectamente el clima de exaltación patriótica de aquellos lejanos días.

El 23 de abril de 1898, lo mismo que en otras muchas ciudades y pueblos de España, se celebra en Murcia una gran manifestación popular contra los Estados Unidos y su injusta declaración de guerra...; los manifestantes parten del ayuntamiento, desfilan ante el Palacio Episcopal y el seminario de San Fulgencio (ambos edificios en el corazón de la vieja ciudad) y los seminaristas, curiosamente asomados a los balcones, se asocian con entusiasmo a la manifestación lanzando becas y bonetes al aire.

Marinos murcianos: noticias locales

De los dos murcianos que van a bordo del *Infanta María Teresa* y del *Vizcaya*, pertenecientes como es sabido a la escuadra de Cervera, ha recibido la familia de Riera una carta, fechada el 3 de mayo de 1898 en la Martinica, donde nuestro paisano narra el viaje desde Cabo Verde a Martinica, que ha resultado delicioso debido a la climatología, y cómo la escuadra española fuera señora de aquellos dilatados mares, no habiendo encontrado ninguno de los muchos barcos enemigos que tenían la misión de buscarla. Dice este ilus-

tre capellán que esperan tranquilos la suerte que Dios les depare y que, aunque pocos están animados del mejor espíritu confiando él particularmente en la virgen de la Fuensanta, nuestra venerada patrona, y la justicia que asiste a España en la contienda que la provocan, harán que vuelva a abrazar a sus padres, una vez cumplida por nuestros barcos la misión que llevan de defender la honra nacional. ¡Quiéralo la Virgen, a quien pedimos que se cumplan los filiales y patrióticos deseos del joven capellán del *Infanta María Teresa*!

La hoja de servicios del benemérito y joven capellán nos relata con la escueta veracidad castrense que caracteriza estos documentos: «Llegó a Santiago de Cuba el 19. El 21 se

presentó la escuadra norteamericana y dio principio el bloqueo, finalizando el mes con el primer bombardeo que duró dos horas. Los días 3, 6 y 22 de junio se repitieron los bombardeos. El 1 de julio sufrió un bombardeo de tres horas. El 3 salió a la mar, entrando en combate con la escuadra enemiga. Incendiado



su buque y haciéndose imposible la permanencia a bordo, una vez embarrancado el barco, vióse obligado a abandonarlo con el resto de la tripulación, arrojándose al agua y siendo recogido por un bote enemigo con cuyo auxilio llegó a la orilla, viéndose rodeado entonces por un grupo de insurrectos, hasta la llegada de una sección de la Fuerza Armada yanqui. Hecho prisionero de guerra fue conducido al vapor *Harward* en el que continuó navegando por la costa de Cuba, dedicado a la asistencia espiritual de los demás cautivos y enfermos».

Padres atribulados

¿Qué ocurría mientras tanto en Murcia? Según el diario de esta ciudad: «Desde el martes último, en que se supo en ésta la horrible catástrofe de nuestra Escuadra, son objeto de la más viva simpatía y conmiseración nuestro querido amigo José Riera y su atribulada esposa, por la angustiosa incertidumbre que amarga sus espíritus».

Hasta ahora no sabe esta honrada familia la suerte que haya podido haber a su hijo, el joven capellán don José Riera Senac. En la calle del Pilar donde ha nacido y viven sus padres y su abuelo, el popular Luis Senac, no hay otra preocupación entre todos los vecinos. La infeliz madre enferma en esos días, llegando a inspirar serios temores su vida y convirtiendo su hogar en una mansión de tristeza y duelo.

El 23 de julio de 1898, según el mismo diario puede leerse:

«Concurren en el capellán del acorazado *Infanta María Teresa* circunstancias tales que la noticia recibida ayer de haber salido ileso del desastre de nuestra Escuadra produjo aquí general regocijo. Riera es un muchacho de mucho talento, que ha hecho en el seminario de San Fulgencio una carrera ejemplar. Es todo corazón y Dios ha querido que sea el consuelo y sostén de sus padres franqueándole un porvenir brillante. Los azares de esa guerra incrua de los yanquis ha podido sortearlos y afrontarlos; joven, con aliento para todo, poseído de los deberes de su ministerio, allá fue por esos mares ingratos a sufrir lo que Dios le deparase, y Dios ha querido librarle de la muerte.

¡Lo que esa madre infeliz ha sufrido! El día de la infausta nueva parecía que iba a ser el último de su vida. Cayó como herida por un rayo y hubo que prestarle los auxilios de la ciencia y también los espirituales. Ese pobre padre, nuestro amigo, ¡qué de amarguras no ha devorado en silencio!

Todos habíamos perdido ya algo de esperanza, su familia y sus amigos, porque el joven José Riera goza merecidas simpatías y a todos nos alcanzaba algo el dolor de sus padres y su penosa incertidumbre. Cuando en la madrugada de ayer recibimos tan buena nueva, después de 18 días de tristes augurios

por la muerte de nuestro amigo, parecía como que se nos quitaba del pecho una pena abrumadora.»

Pero sigamos oyendo la veraz y a la vez escueta hoja de servicios: el día 8 de julio fue llevado a Guantánamo de donde salió el 10, siguiendo para Portsmouth, donde llegó el 15. El 18 salió para Annapolis donde llegó el 20, desembarcando el mismo día y siendo alojado en la Escuela Naval. En virtud de oficio del gobierno norteamericano de fecha 2 de agosto fue puesto en libertad para que acompañara en su viaje a España al primer médico del Vizcaya, don Antonio Jurado, gravemente enfermo; por lo cual, con fecha 12, recibió del almirante Cervera instrucciones escritas para el desempeño de dicha comisión.

El 18 salió por ferrocarril con el doctor Jurado para Nueva York y llegó el mismo día. El día 20, a bordo del vapor alemán *Kaiser Wilhem II*, salió para Gibraltar, donde llegó el 29. El 30 salió para Algeciras en el remolcador *Elena* trasbordando allí al *Mogador*, y saliendo el mismo día para Tánger y Cádiz, a cuyo último puerto llegó el día 31. Dicho día se presentó en San Fernando, dejando al señor Jurado en su domicilio, terminada la comisión.

El 1 de septiembre, autorizado por el capitán general del departamento, salió para Madrid haciendo su presentación oficial al ministro de Marina, conforme a las instrucciones recibidas del almirante. El 4 salió para Murcia en uso de cuatro meses de licencia como repatriado, continuando así hasta fines de diciembre, en que se presentó en Cartagena y quedó agregado al departamento.

Desde Tolón, unos meses después, al cumplirse el primer aniversario de la dolorosa gesta de Santiago de Cuba, remitió el capellán Riera al director de «El Diario de Murcia» un bellísimo y apasionante artículo que mereció figurar en la primera plana y que terminaba así:

«¡Una plegaria por los héroes que sucumbieron el 3 de julio!
¡Honor y gloria a los mártires!»

